

Los arquitectos no se suicidan

Jorge Vázquez Ángeles

Mural de Juan O'Gorman en el exterior de la Biblioteca Central de Ciudad Universitaria en México. (Fotografía: Getty Images Latin America)



LOS ARQUITECTOS NO HAN SIDO GRANDES SUICIDAS. Son artistas pero poseen sentido común. A pesar de las presiones a las que se ven expuestos a lo largo de sus carreras, no existen ejemplos que indiquen cierta condición mental que los lleve a elaborar un plan concienzudo para terminar con sus vidas, sacrificándose a punta de chuchillo en el vestíbulo o lanzándose al vacío desde su obra maestra. Los arquitectos son seres longevos que mueren trabajando: Le Corbusier fallece a los setenta y siete años; Mies van der Rohe a los ochenta y tres; Walter Gropius a los ochenta y seis; Frank Lloyd Wright a los noventa y uno. Óscar Niemeyer es el campeón: vivió ciento cuatro años.

En una revisión de la vida de los más destacados, muy pocos decidieron terminar su vida por propia mano. En México, Juan O’Gorman (1905-1982) es el caso más emblemático. Lo hizo de tal manera que se aseguró de no fallar en el intento: mientras se ahorcaba, mordió un cápsula fabricada con un veneno casero al tiempo que se daba un tiro en la cabeza.

Francesco Borromini (1599-1667), el arquitecto suizo-italiano que revolucionó el arte barroco, también se suicidó, luego de una vida difícil, donde la frustración, la incompreensión y la mala suerte configuraron a su alrededor una malévola trinidad, aderezada con el ninguneo de sus contemporáneos. Para colmo, vivió bajo la sombra de su más acérrimo rival, Giovanni Lorenzo Bernini.

Sin datos clínicos precisos, la melancolía que azotó la vida de Borromini era en realidad síntoma de depresión. Hacia el final de su vida, sin el apoyo del Papa Inocencio X y despojado de sus últimos trabajos, Borromini se enclaustra en su casa a orillas del río Tíber, en Roma, dedicándose a dibujar las obras que le hubiera gustado construir. Lo hace sin descanso, día y noche. Como el Quijote, “se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio”, hasta que una severa crisis provocada por el insomnio lo convierte en un hombre impredecible y violento. El médico renacentista que lo revisa le extiende, más que una receta, un remedio poético: para “dormir la ansiedad”,¹ el arquitecto necesita oscuridad. Con las ventanas todo el tiempo cerradas y la prohibición de que trabaje de noche, el 2 de agosto de 1667, Francesco discute con su criado quien le quita una vela y le ordena que se vaya a descansar. Molesto por vivir como un vampiro e invadido por la furia y la desesperación, el arquitecto de sesenta y ocho años alcanza a percibir el leve brillo de una espada cerca de la cabecera de su cama. Se acerca hasta ella y la descuelga de la pared. Apoya la empuñadura en la cama y se deja caer, a la altura del estómago, sobre el filo. El dolor lo hace reaccionar y grita, pero es demasiado tarde.

¹ Anatxu Zabalbeascoa y Javier Rodríguez Marcos, *Vidas construidas. Biografías de arquitectos*, Gustavo Gili, p. 70.

La muerte le extiende una prórroga. Pronto llega su confesor y le suelta las palabras clásicas del suicida: no se culpe a nadie de mi muerte. Al día siguiente, tras redactar su último testamento, Borromini es cadáver. Para su mala fortuna, ni muerto los hombres de su tiempo dejan de ningunearlo. Por ley, está prohibido que la tumba de un suicida lleve inscripción alguna, así que durante muchos años, en la iglesia de San Giovanni dei Fiorentini, nadie supo que debajo de una losa de mármol blanco reposaban los restos de uno de los arquitectos más afamados.

Aunque no recurrieron al suicidio, la muerte de otros arquitectos podría inspirar cuentos o novelas. El italiano Antonio Sant'Elia (1888-1916), ferviente seguidor del Futurismo, movimiento al que se adhirió en 1914, creía que la historia era un estorbo para el avance de la humanidad. Las láminas que dibujó, porque en vida sólo construyó una casa y dos tumbas, incluida la suya, muestran ciudades donde se combinan centrales eléctricas con puentes, chimeneas y carreteras. Sus dibujos exhalan el vértigo de la velocidad y el dinamismo, y no son tan distintos a los que Le Corbusier realizará, con coches que circulan en amplias carreteras y aviones surcando los cielos.

Al estallar la Primera Guerra Mundial, el pelirrojo arquitecto se alista en la unidad 225 del Regimiento de infantería "Arezzo" del ejército italiano. Es herido en el frente y debido al número de bajas, uno de sus comandantes le pide que diseñe un cementerio en Monfalcone, cerca del lugar donde se llevan a cabo las batallas entre trincheras. El arquitecto se pone a trabajar y decide dividir el terreno de acuerdo a la jerarquía militar. El 10 de octubre de 1916, el arquitecto es alcanzado por un disparo en la cabeza y se vuelve el primer inquilino del lugar que él mismo proyectó. Sólo tenía veintiocho años. Al término de la guerra, el cementerio es destruido. Los restos de Antonio son llevados a Como, su tierra natal.

Otro italiano que murió de forma extraña fue Giuseppe Terragni (1904-1943), quien fue considerado por el mismísimo Filippo Marinetti como heredero de Sant'Elia,² además de que construyó sus obras más importantes en el lugar de nacimiento del célebre arquitecto futurista.

Como rasgo de su carácter, Terragni construyó el primer edificio racionalista de Italia, llamado *Novocomum*. Sin embargo, el arquitecto de veintitrés años de edad hizo trampa: mostró los planos de un edificio "clásico" a la municipalidad cuando lo que terminó construyendo fue otra cosa. El escándalo estuvo a punto de provocar la demolición del edificio pero el Terragni se salió con la suya. Aunque siempre pesó sobre sus hombros haber trabajado para Benito Mussolini —diseñó la Casa del Fascio, sede del partido fascista italiano en Como—, hay que reconocerle que a diferencia de los arquitectos rusos que nada pudieron hacer para que Stalin no metiera la mano en sus proyectos, Terragni convenció al *Duce* de que el Movimiento Moderno no era ajeno al nacionalismo italiano ni a la plataforma del partido. A la caída del dictador, la arquitectura de Terragni tardó en ser tomada en cuenta como un ejemplo de la más depurada arquitectura racionalista del siglo xx.

Como Sant'Elia, Terragni también fue llamado a filas: combatió como artillero en el fiero, desolador y mortal frente ruso. Sobrevivió pero los quince meses transcurridos entre cadáveres y nieve de alguna forma lo mataron en vida. El 19 de julio de 1943 estaba en su estudio. Iba a cenar. Él mismo encendió la estufa y preparó la mesa. De pronto comenzó a sentirse mal. Tomó el teléfono y llamó a María Casartelli, su novia, quien le pidió que fuera a su casa. Cuando él llegó, sólo pudieron verse a pocos metros de distancia: un coágulo

² *Ibid.*



Estudio del pintor y arquitecto Juan O’Gorman, diseñado y contruido por él mismo, en la Ciudad de México. (Fotografía: Getty Images Latin America)

de sangre en el cerebro le ocasionó un derrame cerebral fulminante. Se desplomó mientras bajaba una escalera. Tenía treinta y nueve años de edad.

Sin que sea cómplice o culpable, la arquitectura participa como testigo del drama suicida. Quienes deciden terminar con su vida eligen, por lo general, la altura de un rascacielos para quitarse la vida, como ha ocurrido en edificios emblemáticos como el Empire State o la Torre Latinoamericana; también puentes como el Golden Gate, en San Francisco, donde se han suicidado alrededor de mil seiscientas personas.³ Vértigo y velocidad son parte fundamental del rito. Como a los futuristas, al suicida no le interesa la historia. **AVA**

³ <http://www.elmundo.es/internacional/2014/06/28/53ae6e77ca47419c408b4571.html>